

Patios serenos

Gabriela Ortiz en la casa de Luis Barragán

MÓNICA SÁNCHEZ ESCUER

La arquitectura es música que se toca con agua.
 Luis Barragán

⊗ Luis Barragán levanta muros para acallar la calle y, dentro, hacer música: la música del agua que lame la piedra, agua de lluvia o de estanque, agua que cae en el fondo de los cántaros. Su casa es sol, murmullo entre las ramas, caja de tiempo ensimismada. Música de viento. La mano del árbol tiembla en la pared alta del jardín y toca. Todo ahí es calma.

Gabriela Ortiz compuso sus *Patios serenos*, una de sus primeras obras, con el color de Barragán en sus oídos. En ella se escucha el ascetismo, la búsqueda incesante de la belleza y la paz, la precisión, el gusto por el contraste y lo inesperado: el ojo de Barragán reflejado en una fuente. Gabriela recorre la memoria de ese ojo, mediterránea y morisca, mexicana y moderna, única, en esta pieza compuesta en 1986, donde logra traducir al lenguaje musical el espíritu de la arquitectura del maestro, quien dijo alguna vez: “La serenidad es el gran y verdadero antídoto contra la angustia y el temor, y hoy, la habitación del hombre debe propiciarla”.

En su pieza, Gabriela nos va mostrando a Barragán como él mismo, como si recorriera con su música la casa que él construyó hace sesenta años para habitarla, misterio de papel y roca, música de espacios decantada: del pasillo ámbar al vestíbulo dorado y rosa, de la puerta al muro, del muro a la mampara de piel. De pronto, la estancia despliega su impulso de ser cielo, morada del árbol y las plantas que se asoman y caen como lluvia de hojas en la sala. La enorme ventana, con su esqueleto de cruz, permite a la estancia ser jardín, y al jardín extender sus huellas en el muro blanco, tocar la mesa cuadrada, sentar algunas ramas de sombra en la silla que el arquitecto ocupaba. El piano es fuente, luz quebrada, cruz de sol pendida del silencio. La música choca en las paredes, murmura, cae rendida en la cama solitaria.

- A partir de este número, periódicamente la revista *Pauta* ocupará un espacio en **EstePaís** | cultura. Serán dos páginas dedicadas a la música que complementarán la aproximación del suplemento a los distintos lenguajes del arte, al tiempo que acercarán a nuestros lectores a una publicación que, sabiamente dirigida por Mario Lavista a lo largo de casi cinco lustros, es hoy indispensable.



La casa de Luis Barragán es una caja de música inédita, contemporánea y tradicional, poblada de silencios y voces precisas. Nadie sabe qué sorpresa guarda cada puerta, qué belleza corre al fondo de un pasillo. La luz, como el agua y sus sonidos, traza los pasos del día sobre los muros, colorea, amplía o enciende los espacios. Nada aquí es casual, no hay espacio inútil: uno puede ver, adivinar en este laberinto el paso de Barragán, el humor y sobriedad de su conciencia, sus batallas interiores y goces cotidianos. El jardín, los patios y la terraza dicen mucho, desde el agua quieta y el canto callado de los jarros. La vegetación se derrama en las paredes altas como sueños de un gigante introvertido. Nos hablan de paz, de tiempo recogido donde sólo el correr de la luz es medida, el reloj que nadie consulta. Nuestro cuerpo untado en sombra es manecilla inútil: aquí el universo entero se detiene, flota sobre el agua, como el

calculado capricho de las ramas. Gabriela juega en los patios con ollas gigantes, canicas, esferas de luz que caen y ruedan en los bordes de la fuente. Las teclas del piano son hebras de sol y sombra que suenan y realzan, como un cuadro desolado de De Chirico, la perfecta geometría que nos desnuda. En la casa todos somos cuerpo que transita en el asombro, entre el recato de un altar disimulado y la indiscreta mirada de una esfera. Si algo ha recreado con precisión Ortiz es la atmósfera, la magia construida puerta tras puerta, patio tras patio: el espacio cerrado donde medita y duerme el universo entero.

La casa cumple sesenta años y sólo el moho en las ollas, en las baldosas de barro, la piel desgastada de las sillas nos revelan su verdadera edad. ~

